



EL DUENDE VERDE

José Luis Olaizola

**MI HERMANA
GABRIELA**

Ilustración: Juan Ramón Alonso

I N D I C E

Capítulo 1.	10
Capítulo 2.	20
Capítulo 3.	26
Capítulo 4.	35
Capítulo 5.	44
Capítulo 6.	52
Capítulo 7.	64
Capítulo 8.	71
Capítulo 9.	75
Capítulo 10.	89
Capítulo 11.	105
Capítulo 12.	112

1

CUANDO cumplí los dieciocho años tomé clara conciencia de que mi vida no había sido como la de las demás personas que, al alcanzar la mayoría de edad, dejan de depender de sus padres. Mi caso fue distinto: yo no había conocido a mis padres y sólo dependía de mi tutor que es mi abuelo. Mejor dicho, lo era, porque desde aquel día dejó de serlo.

—¿Quieres que me siga ocupando de administrar tu dinero? —me preguntó el mismo día que cumplí los dieciocho años.

Me lo preguntó por teléfono porque él vive en Soria y yo estaba estudiando en una residencia de Madrid.

—Claro, hombre —le contesté—. ¿No sigues siendo mi abuelo? ¡Entonces que más da que hayas dejado de ser mi tutor!

Yo creo que soy un huérfano bastante rico, pero mi abuelo me ha dicho que no. Que tengo lo justo para vivir y que el dinero se va fácilmente.

Mi abuelo vive en una finca que se llama «Pina-

res», a media hora de Soria. Como su nombre indica tiene muchos pinos, creo que cerca de veinte mil, pero también dispone de bastantes tierras de pastos para el ganado. El problema de mi abuelo es que apenas habla. Por lo menos con las personas. A veces da la sensación de que con los pinos sí se comunica. Se sienta a su sombra, mira muy fijo a las copas y se pasa horas. Con las vacas también habla porque dice que así dan más leche.

Cuando llego yo de vacaciones se pone muy contento, me abraza, y, de un tirón, me cuenta unas cuantas cosas. Pero luego se calla. Por la forma de mirarme siento que está a gusto conmigo, pero no parece que le haga mucha falta hablar. A los trabajadores de la finca les saluda con un gesto de cabeza y sólo charla con Bernardo el capataz.

El problema de tanto mutismo es que ignoro muchas cosas de mi vida. No sé muy bien cuándo ni por qué murió mi madre. De mi padre sólo sé que era militar y que murió en África. Luego, por mi cuenta, me he ido enterando de cosas. Pero no porque me las diga mi abuelo. Recuerdo que en una ocasión vi una foto de la abuela y le pregunté:

—¿Cuándo murió la abuela?

Tendría yo, entonces, catorce años. El abuelo hizo como que se esforzaba en recordar y lanzó un suspiro de agotamiento.

